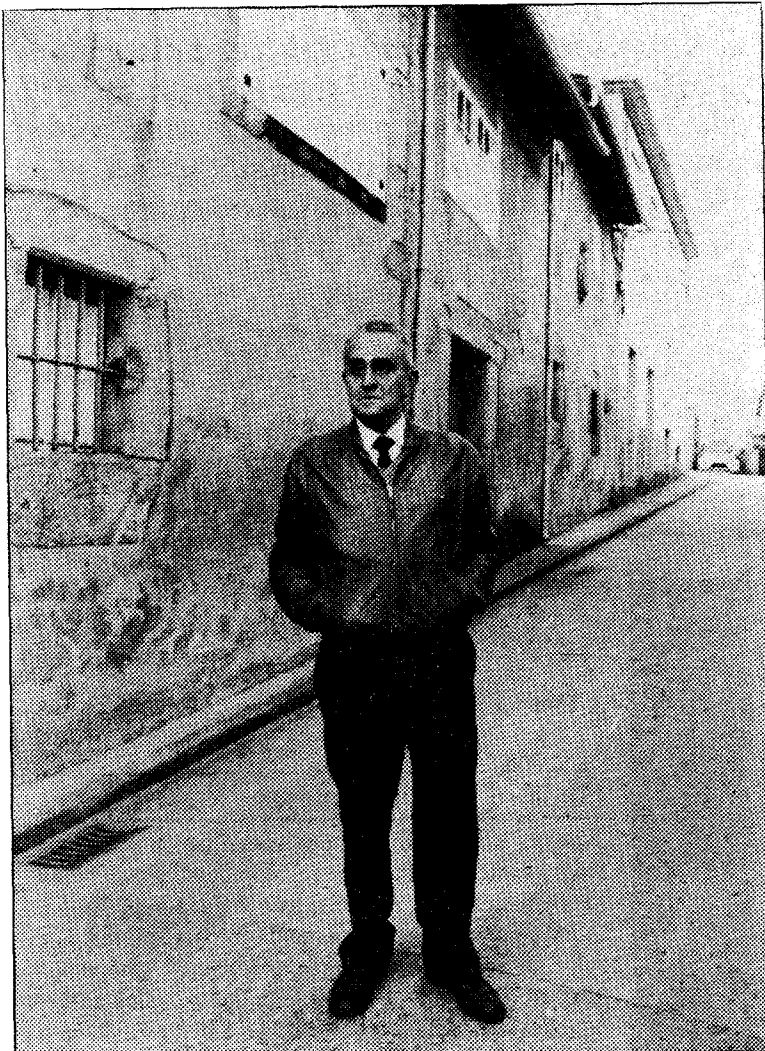
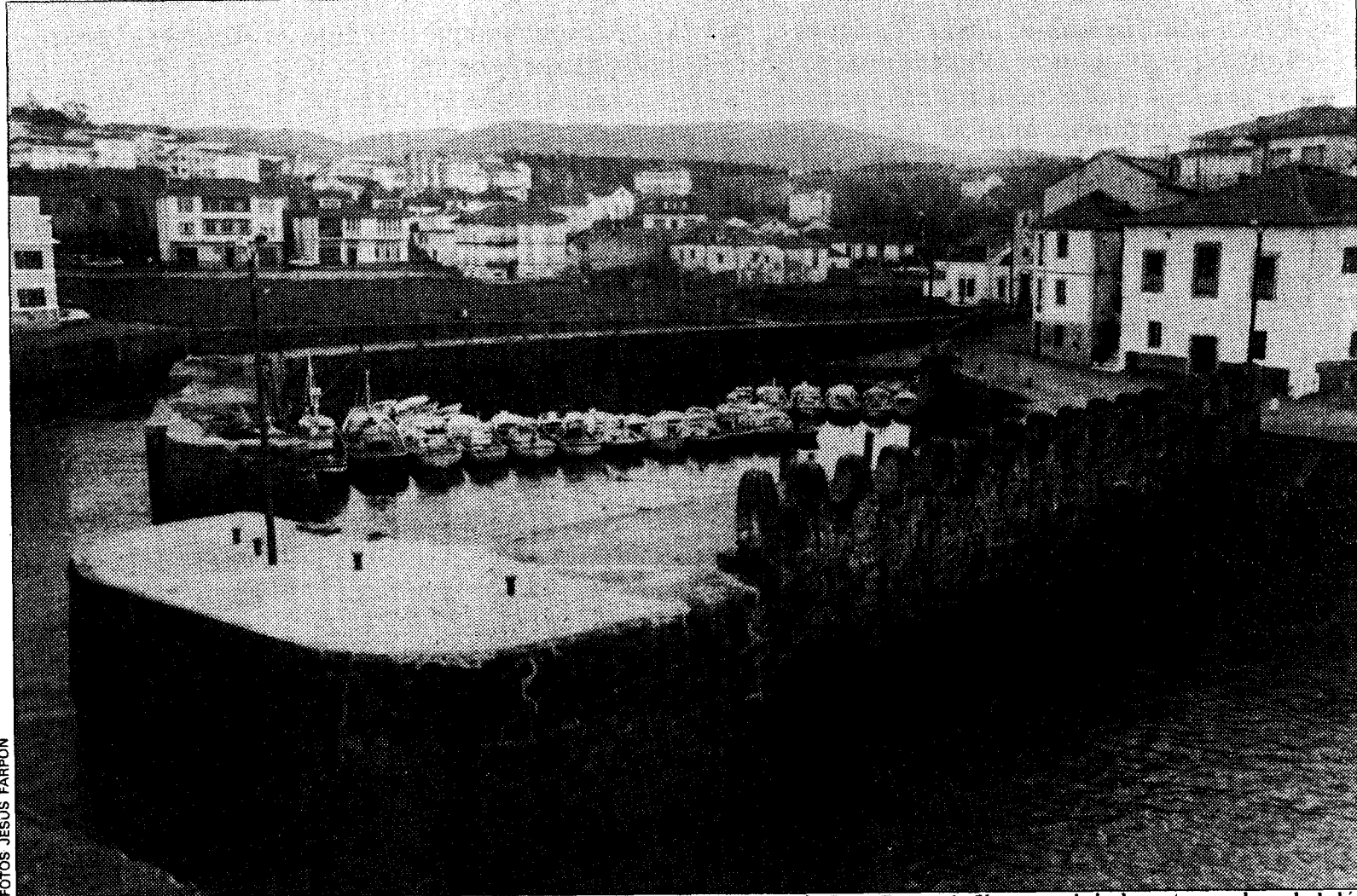


175 aniversario del ideador de la Asturias moderna



Jesús Martínez, ante la casa de Antonio Trelles Osorio, en Puerto de Vega, donde murió Jovellanos el 28 de noviembre de 1811. El edificio conserva el mismo aspecto que entonces



FOTOS: JESÚS FARPÓN

El bergantín «El Volante», en el que viajaba Jovellanos, se acogió al bello y minúsculo refugio de Puerto de Vega para huir de un temporal que lo había zarandeado durante ocho días. Las inclemencias del viaje le producirían a Jovellanos una pulmonía que será para él fatal

El médico naviego Jesús Martínez ha demostrado que el 175 aniversario del fallecimiento del polígrafo gijonés se cumple mañana

27-N: El día en que no murió Jovellanos

Puerto de Vega, Javier CUARTAS

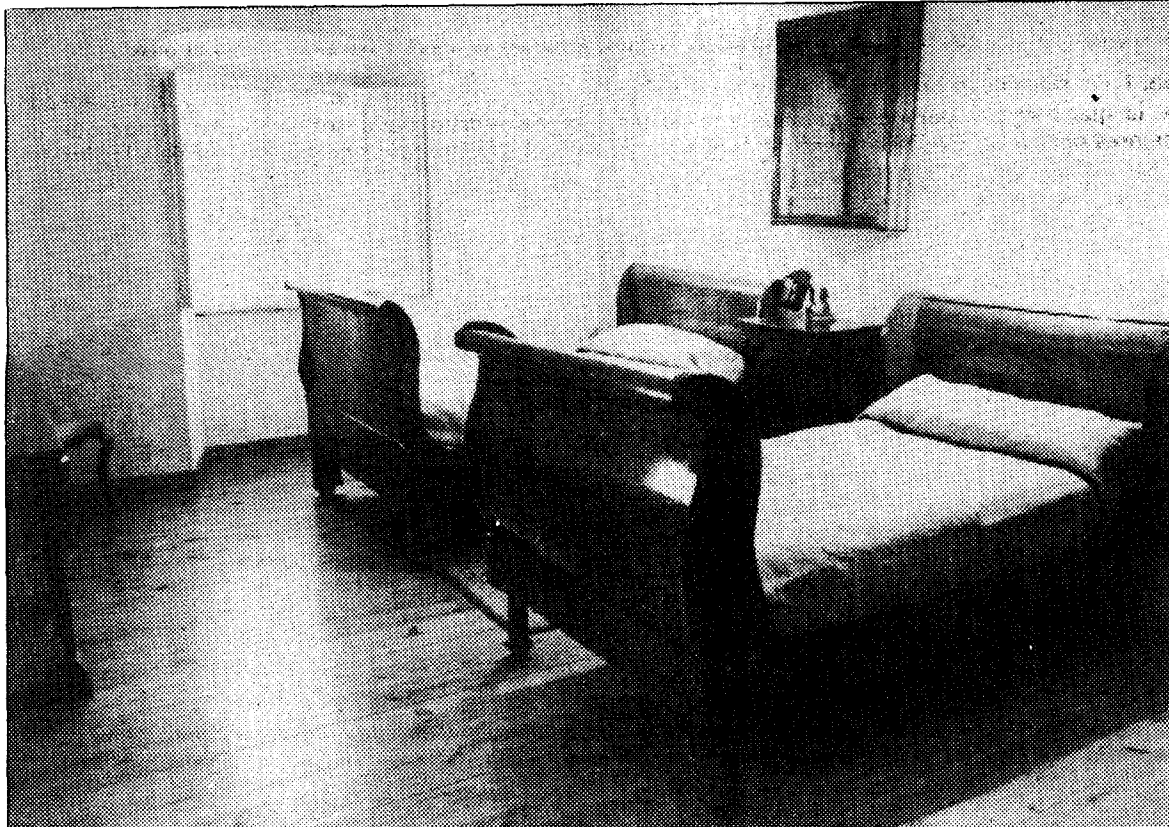
JOVELLANOS vivió sus últimos años acosado por un presentimiento de muerte. Jesús Martínez Fernández, médico pediatra de Navia y estudioso de la vida del polígrafo gijonés, sostiene que empezó a morir diez años antes. De aquella época datan vaticinios tales como éste: «Mi vida, consumiéndose lentamente, corre a su término». El desenlace se produjo a las 9 de la noche del 28 de noviembre de 1811, por más que la historiografía al uso mantenga la errónea fecha del 27.

Los errores son contumaces, y aunque el acta de defunción (publicada por Martínez Fernández en 1966) no deja lugar a dudas sobre la fecha cierta del fallecimiento, veinte años después persiste el malentendido, hasta el punto que la Consejería de Cultura del Principado y el Ayuntamiento de Navia han decidido conmemorar el 175 aniversario de la muerte de Jovellanos con una anticipación de 24 horas. Hay en ello un cierto desatino: el pedestal que hoy será inaugurado en Puerto de Vega refleja la fecha exacta del óbito (28 de noviembre), mientras que la placa que conmemorará el homenaje reincidirá, según Jesús Martínez, en el error, ya común, de datarla un día antes. «El malentendido parte de Ceán Bermúdez, primer biógrafo de Jovellanos, gijonés como él, muy amigo suyo, polígrafo y erudito. En él bebieron luego biógrafos posteriores como Julio Somoza», explica Martínez Fernández, autor, entre otros estudios, de «Jovellanos: Patobiografía y pensamiento biológico».

Un Londres para ser aldea

Puerto de Vega reúne no más de 1.800 vecinos que miran permanentemente al mar. La luz de otoño confiere un sesgo distinto a este pueblo de casas blancas, apiñadas en torno a un puerto pequeño de accesos angostos que se parapeta de los embates del Cantábrico tras una protección almenada.

Este es un pueblo bullicioso, que «vive en la calle», al decir de sus gentes, sobre todo en verano, y del que ya Campoamor dijo que era un pueblo pequeño para ser ciudad, pero casi un Londres para ser aldea. Sea como fuere, los de aquí tienen a orgullo que en este lugar nacieron Juan Pérez Villamil, ministro de Fernando VII, director de la Real Academia de la Historia y autor de la proclama de Móstoles que levantó a los españoles en armas contra los franceses, y el tratadista militar Alvaro Navia Osorio, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado, y que también aquí falleció, mañana hará 175 años, el insigne polígrafo Melchor Gaspar de Jovellanos, de quien está escrito que fue «magistrado, ministro, padre de la patria, no menos respetable por sus virtudes que admirable por sus talentos; urbano, recto, íntegro, celoso, promovedor de la cultura y de todo adelantamiento en su país; literato, orador, poeta, jurisconsulto, filósofo, economista; distinguido en



En esta habitación falleció Jovellanos, pero en ninguna de estas dos camas. La auténtica se conserva en Luarca

todos los géneros, en muchos eminentes; honra principal de España mientras vivió, y eterna gloria de su provincia y de su familia».

El recuerdo de Jovellanos permanece vivo en Puerto de Vega, por más que su estancia fuera breve. Un busto y una placa de mármol recuerdan a curiosos y caminantes los últimos días del gijonés. El busto, realizado en el año 1932 por el escultor santanderino Zenobio Bayón, amigo de Evaristo Valle, tuvo, hasta la fecha, destinos acaso poco decorosos para la dignidad del hombre cuyo recuerdo homenajea. «Permaneció algunos años a ras de suelo. Aquello era una vergüenza. Peleé muchos años para que se le diera una colocación más oportuna», recuerda el estudioso local, Jesús Martínez. A resultados de aquellas gestiones «se consiguió una colocación más alta, pero se le rodeó de tientos con flores, y aquello seguía siendo un desastre. El 18 de enero de 1983 se reinauguró el busto, pero ya con una peana, cuya inscripción reincidía una vez más en la fecha errónea del fallecimiento de Jovellanos. Ahora está inaugurado de nuevo el busto, pero con un pedestal de granito, en el que, afortunadamente, se ha corregido este error histórico. Donde se mantiene es en la placa de bronce que será inaugurada también el mismo día». Un dato equívoco y equivocado que trata de imponerse sobre el real en un extraño juego de confusión, empecinamiento. Las autoridades regionales y locales han convocado a un homenaje para el día que no era; en la casa que murió el polígrafo se mantiene, desde 1891, una placa de mármol con la data errada, y nuevos

libros sobre el jurisculto gijonés se siguen editando actualmente con el mismo error. No se trata probablemente de un desliz grave, pero sí de una falta de rigor fácilmente subsanable.

La casa de los Trelles Osorio

Jovellanos había llegado a Gijón el 17 de julio de 1811 procedente de La Coruña, después de diez años de ausencia. Apenas cuatro meses después, el acoso de los franceses sobre la ciudad asturiana lo obliga a huir por mar, rodeado de algunos amigos ilustres, en el bergantín «El Volante», rumbo de nuevo a las costas gallegas. Cuenta Jesús Martínez que la embarcación permaneció a la deriva ocho días, zarandeada por el temporal, y que el 14 de noviembre avistaron los navegantes Puerto de Vega, donde entraron de arribada forzosa. Dos días después, Jovellanos intenta proseguir la travesía, pero el estado de la mar desaconseja esta decisión. Cuarenta y ocho horas más tarde cae en cama, aquejado de pulmonía. Martínez Fernández reconstruye los últimos días del polígrafo: «Le asiste el cirujano de Gijón La Magna, hombre de pocos alcances, que desconoce la intensidad del mal. El día 25, después de una semana de enfermedad, se decide llamar al médico de Navia, José Angulo. Tras reconocer al enfermo, diagnostica una flegmasia aguda de pulmón de maligna apariencia y hace un pronóstico pesimista, que se cumple días después. La dificultad respiratoria se agrava y el día 27 Jovellanos recibe los auxilios espirituales. Muere 24 horas más

tarde. Don José Angulo acusó de incompetencia a La Magna, pero, aunque le hubieran llamado antes, no creo que hubiese podido hacer mucho más». El óbito se produjo en la vivienda de Antonio Trelles Osorio, una casa noble, que aún se conserva en perfecto estado y cuya fachada principal da a la calle que desde hace años lleva el nombre del escritor y político gijonés. Sólo la techumbre presenta algún desperfecto, que será reparado próximamente. La cama en la que falleció Jovellanos no se encuentra, sin embargo, en la casa de Puerto de Vega, sino en Luarca, adonde fue trasladada por los herederos para garantizar probablemente una mejor conservación.

El cadáver permaneció primero en la iglesia Santa Marina, de Puerto de Vega, y de allí fue trasladado sucesivamente al cementerio de Ceares, en Gijón (1814), Instituto de Jovellanos y, en 1940, a la capilla de los Remedios, su actual emplazamiento.

Vestigios

Fue en Puerto de Vega donde Jovellanos escribió la última carta de la que se tenga constancia. Iba dirigida probablemente, según Jesús Martínez, al general Abadía, y en ella expresaba «su preocupación por los descalabros de la patria y proponía algunas soluciones militares». Algunas de las posesiones de Jovellanos le fueron legadas a su criado Domingo García de la Fuente, natural de Coaña, y a su sobrino, Gaspar Cienfuegos-Jovellanos, y por cuya mediación pasaron a los marqueses de Mohías, en cuyo palacio de Navia se conservan. Otro buen legado (libros, manuscritos y cartas, fundamentalmente) permanecen (se desconoce en qué estado) en la biblioteca del palacio de Valdeparés, de La Caridad, reunidos y recopilados por Alejandro Menéndez de Luarca, erudito y bibliófilo ya fallecido.

Martínez, que ha estudiado con amplitud y detalle al ahora homenajeado desde una perspectiva fundamentalmente médica y biológica, asegura que «Jovellanos tenía una deficiencia respiratoria nasal, razón por la cual sufría catarros y gripes frecuentemente. Sin embargo, la pulmonía por la que falleció a los 67 años no guardó relación con estos problemas respiratorios, sino que fue provocada exclusivamente por la galerna y la lluvia durante la arribada. De no ser así, hubiese vivido mucho más: Jovellanos llevaba una vida muy higiénica, realizaba unas comidas sanas y era muy dado a los paseos. Se advierte en él, eso sí, una cierta tendencia a la hipertensión».

Aquel 28 de noviembre (que no 27) de 1811 Jovellanos pronunciaba sus últimas palabras: «Nación sin cabeza. ¡Dios mío, desdichado de mí!» Había superado un intento de envenenamiento con sales de plomo en la Corte años antes, pero no fue capaz de remontar una pulmonía. Eran las nueve de la noche, lo rodeaban García Sala, Trelles, Zulaibar, La Magna y Domingo, y en Puerto de Vega, un pueblo a punto ya de dormirse, sólo se oía el bramido del Cantábrico rompiéndose contra la costa.